

FASCINACION DE LOS VIAJES DE COOK

Por
Enrique BUNSTER



Ante el sensible fallecimiento del distinguido escritor don Enrique Bunster Tagle, que tantas vinculaciones tuvo en su vida con las cosas del mar, la Revista de Marina respetuosamente, y como un homenaje a su memoria, reproduce el presente artículo publicado en "El Mercurio" de Santiago y continuará haciéndolo con algunos otros para dejar testimonio de la admiración que siempre sintió por quien tanto se preocupó por dar a conocer las actividades marítimas nacionales.

La Dirección.



EL MAS FAMOSO marino inglés de tiempos de paz. James Cook, era hijo de un criado campesino y su hoja de servicios en la Royal Navy certifica que empezó como aprendiz de marinero. A los veintisiete años fue promovido a oficial después de adquirir sin ayuda ajena los conocimientos de matemáticas y de astronomía que constituyen la base del arte de la navegación. Fue de esos hombres superdotados a los que nada puede detener en su carrera ascendente, y figura con honor entre la pléyade de exploradores, misioneros, colonizadores y financistas que construyeron el Imperio Británico. Ningún inglés medianamente instruido ignora su biografía, que es tan popular como la de Nelson y de la cual se hacen versiones juveniles y hasta infantiles primorosamente ilustradas. La primera edición de sus "Voyages" es hoy una rareza para coleccionistas millonarios de Londres, Nueva York o Isla Negra.

Entre los años 1769 y 1779 el capitán Cook dio tres vueltas alrededor del mundo en otras tantas expediciones científicas patrocinadas por la Royal Society. Estos fabulosos viajes a vela por mares desconocidos y costas salvajes que significan años de soledad y peligros, son la prueba más concluyente que dieron los ingleses de su espíritu de empresa y afán expansionista. Se trataba, nada menos, de comprobar si existía o no el Continente Austral o Tierra de Davis o Lemu,

ria, o Mu, que la leyenda o la memoria hereditaria de la humanidad situaba en algún confín del océano Pacífico.

La pequeña Inglaterra no quería ser menos que España y su joven rey Jorge III y los empingorotados lores del Almirantazgo confiaron al oscuro James Cook la tentativa de emular a Colón.

El experto navegante registró el mar entre Australia y el Cabo de Hornos y desde más al sur del Círculo Antártico hasta el Estrecho de Bering sin encontrar otra cosa que las cumbres del sumergido continente prehistórico, convertidas en semilleros de archipiélagos; pero este relativo fracaso bastó para que los cartógrafos tuviesen que modificar una buena parte del mapamundi. Cook descubrió las islas Cook, las islas Hawaii, la isla Christmas, las islas de la Sociedad, las Nuevas Hébridas, Nueva Caledonia y el Estrecho de Cook que divide a Nueva Zelanda en dos porciones. Su nombre quedó adjudicado a decenas de bahías y lugares en donde se posó su ojo de descubridor o explorador. En la isla de Pascua existe la caleta de Cook (Hanga Piko) como recuerdo de su visita de 1774. Por él sabemos que en esa fecha vivían allí setecientos varones y sólo treinta mujeres, lo que debió parecer a sus compatriotas "astonishing and absolutely shocking". De esta ínsula apartada, que entonces era tierra de nadie, escribió que carecía de todo valor y que ninguna potencia se tomaría la molestia de anexarla. No se vislumbraba aún el advenimiento de la aviación, que iba a convertir a Rapa Nui en el envidiable trampolín chileno para las líneas aéreas transpacíficas.

Los servicios prestados a la ciencia por Cook y sus sabios, encabezados por el noble Sir Joseph Banks, son casi invaluable. El "British Museum" multiplicó sus colecciones etnológicas de los Mares del Sur, y un volumen completo de las "Philosophical Transactions" se dedicó a recoger los datos reunidos por las tres expediciones. Su prematura muerte en Hawaii, a manos de los aborígenes, impidió a Cook alcanzar los honores que le estaban acordados: el ascenso a almirante y el espaldarazo de nobleza.

Era hombre de más de seis pies de alto (un metro y ochenta y tres centí-

metros), de fuerte contextura, nariz prominente, boca y barbilla voluntariosas y ojos de mirada directa y tranquila. Llevaba el rostro afeitado y el pelo largo atado bajo la nuca. En sus innúmeras biografías aparece descrito como un carácter de raro equilibrio, audaz y cauteloso a la vez, al estilo de Anson y Cochrane, y dotado de una perseverancia rayana en la obstinación y una entereza a prueba de contrastes y de peligros. Aunque sabía imponer la disciplina entre la mala ralea que eran las tripulaciones del siglo XVIII, gozó fama de ser el menos duro de los comandantes de su tiempo. Se dice en su honor que nunca hizo aplicar más de doce azotes por delitos como la ebriedad, la desobediencia o el robo; sólo doce azotes con el "gato de nueve colas", y sin poner sal en las heridas, como hacían los crueles capitanes contemporáneos. Otra virtud humanitaria de Cook fue su preocupación por la salud de la gente confiada a su mando. El peor de los flagelos en la era de los buques de vela —el escorbuto— pasó a la historia en su segundo viaje con la introducción de los jugos maltados como sucedáneo de las verduras y los alimentos frescos. Al cabo de sesenta y cinco mil millas de navegación volvió a puerto sin una baja causada por la terrible enfermedad. Pero lo que más le distingue entre sus rudos colegas es la conducta que observaba en los indemes lugares de sus desembarcos. Allí donde un Roggeveen o un Wallis llegaban a fusilazos, él lo hacía con prudencia de visita inofensiva, cambiando obsequios, saludando a los reyezuelos y respetando rigurosamente los "tabú" y las costumbres ancestrales. Con todo su puritanismo asistió imperturbable en Tahiti a una ceremonia oficial en que un mocetón y una virgen de doce años se entregaban al acto amoroso en presencia de la reina y su corte. En Hawaii se dejó adorar como dios, permitiendo que los sacerdotes paganos viesan en él a Orono, deidad que había prometido venir a la tierra en una gran piragua de altos mástiles.

En la primera expedición, aparte de la búsqueda del continente legendario, Cook llevaba la misión de observar desde Tahiti el tránsito de Venus sobre el disco del Sol, fenómeno previsto para el 3 de junio de 1769 y que la "Royal So-

ciety" juzgaba "de la más grande importancia para la astronomía, la geografía y la navegación". El lugar llamado Punta Venus, junto a la bahía de Matavai, lleva este nombre por la histórica operación científica de que fueron testigos los atónitos tahitianos. Cook mandaba en este viaje el tres palos "Endeavour", pequeño carbonero de casco rechoncho que el Almirantazgo había acondicionado para la larga travesía de descubrimiento. Desde los días de Wallis y Buggainville, Tahiti ostenta el prestigio de un jardín galante, y es curioso observar que ya en el mapa esta isla sugiere la coquetería y la intimidad de la mujer por su semejanza con el clásico espejo de alcoba. Lavahine tahitiana, de suyo graciosa y gentil, rara vez en ese entonces veía llegar viajeros "farani" (franceses) o "peterani" (británicos); y éstos, por su parte, desembarcaban en Tahiti al cabo de meses de continencia obligada. Agréguese la idílica belleza de las playas sombreadas de palmeras, los boscuillos perfumados de flores silvestres, el clima afrodisíaco, el desenfreno amoroso y las locas danzas nudistas a la luz de las antorchas, y se tendrá el cuadro del edén embrujador en que fueron a caer los tripulantes del "Endeavour".

Desde el momento en que largó el ancla en la ensenada de Matavai, el buque estuvo permanentemente rodeado por enjambres de canoas que transportaban a adanes tatuados y evas adornadas de guirnaldas de flores. A cambio de utensilios o baratijas europeas repletaban la cubierta de cocos, bananas, frutos del pan, peces, langostas, volátiles, lechones, corales, nácares, perlas y cuanta cosa producen las lagunas y valles de ese país de ensueño. Cuando los marinos necesitaron resolver la prosaica necesidad de mandar lavar sus ropas, supieron que debían recurrir a la isla, pues el servicio de la lavandería para los extranjeros era monopolio de la soberana y sus damas de honor. La industriosa Oberea hizo escuela, porque setenta años después la célebre Pomaré lavaba también las camisas y calzoncillos de la gente de paso, y con mayor razón ha debido encargarse del asoleado uniforme de su amigo el general Freire. Para contratar los servicios de Oberea no necesitaron ir en su bus-

ca; el asunto quedó arreglado cuando ella misma subió a bordo para dar a Cook su cordial bienvenida. En esta entrevista en la cámara del comandante Su Majestad asignó el terreno en que debía instalarse el observatorio astronómico, destinó una cuadrilla para levantar las cabañas y cercas y concedió el permiso para que se emplazara una batería de cañones a manera de protección.

Aunque ya algo madurita, Oberea aún lucía apetecible con su esbelta estatura, su piel clara y sus expresivos ojos. Sin ley ni prejuicios que se lo impidieran, llevaba en el séquito a su amante de turno, el noble Obadee. Después del intercambio de ramas de cocotero, que se daban como símbolo de amistad, Cook obsequió a su regia amiga una muñeca con fastuoso atavío de soirée, maravilla que la hizo prorrumpir en exclamaciones de admiración y felicidad.

No tardó en hacerse presente el joven príncipe Terridiri, presunto heredero del trono. Sujeto al más extraño "tabú" conocido, el de convertir en intocable cualquier terreno que hollara con sus pies, el futuro rey era llevado y traído sobre los hombros por un sudoroso individuo dedicado a esta sola y honrosa ocupación. Otro príncipe, el temperamental Tootahah, planteó un insólito problema diplomático. Habiendo visto la linda muñeca obsequiada a Oberea, declaró tener el mismo derecho a recibir un regalo similar. Por fortuna tenían a bordo otra miniatura y pudo solucionarse el conflicto que tuvo bastante aflijida a la reina.

Es de presumir que los ingleses tendrían motivo de reflexión ante la paradisíaca ingenuidad de los isleños; pero ¿qué pensarían éstos de los que viajaban sin mujeres, adivinaban lo que iba a suceder en el cielo en fecha fija y empleaban el tiempo midiendo la profundidad de las bahías y la temperatura del aire, recogiendo semillas y cazando mariposas y llenando cuadernos con dibujos de árboles, flores, viviendas y personas? Era el "costo social" de asombro y risas que se produce al contacto de dos civilizaciones distintas, pequeño anticipo de lo que ocurrirá cuando el hombre lle-

que a una estrella habitada por seres con un millón de años de ventaja cultural.

Una de las cosas que más debió sorprender a los expedicionarios, en la idiosincracia de los polinesios, es que siendo tan amables y generosos fueran a la vez tan insignes amigos de lo ajeno. Hoy sabemos que adoraban a Hiro, dios de los ladrones. La moderna antropología tiene para esta dualidad de los primitivos un buen número de explicaciones, pero entonces no se pensaba con tanta sutileza, y el naturalista Joseph Banks renunció a comprender por qué los mismos que le colmaban de obsequios y de atenciones le desvalijaron mientras dormía cerca de la reina en el curso de un paseo por la costa, dejándolo a pie pelado y en paños menores. Cuando dio cuenta a Cook de lo sucedido, supo que a éste y al doctor Sclander les habían expropiado la levita y las medias.

El día en que debía producirse la conjunción Venus-Sol, tres telescopios portátiles apuntaban hacia el astro de la luz bajo el directo control de Cook, en tanto que un cuarto instrumento estaba emplazado en la vecina isla Moorea. No había una nube en el cielo y la visibilidad era perfecta en la mañana de aire inmóvil y tórrido calor. A prudente distancia del observatorio principal, la reina, su corte y los notables miraban a través de los vidrios ahumados que el comandante había hecho distribuir. Parecían decepcionados, pues a pleno día sólo era visible el sol, cuando a las 9 horas, 25 minutos y 4 segundos un puntito oscuro apareció junto al borde exterior del disco solar. La concurrencia gritó como en presencia de un acto de magia y Cook debió ser mirado con superstición mezclada con miedo. ¿Cómo podía saber, sin poseer una ciencia sobrehumana, o divina, que Venus pasaría por allí ese día y en ese momento? . . . El planeta demoró seis horas en cruzar la esfera ignea, desapareciendo por el borde opuesto a las 3 de la tarde con 7 minutos y 6 segundos.

Difícil habría sido explicar a los insulares el por qué del fenómeno y cuál era la necesidad de ir a observarlo desde tan lejos y precisamente en ese lugar. Tampoco deben de haberlo preguntado;

quien sabe si hasta temían descubrir que esos seres extraños y misteriosos habían caído precisamente de Venus.

Aunque Cook no llevaba cronómetro—instrumento recién inventado pero todavía no adoptado por la Marina— su extraordinaria pericia matemática y astronómica le permitió fijar la situación geográfica de Tahiti con el menor error conseguido hasta entonces, tanto en latitud como en longitud. Nadie sabía más que él en la ciencia que aprendió solo, estudiando de noche, en sus tiempos de marinero o contra maestre.

Al día siguiente del tránsito del planeta celebrábase el trigésimo primer cumpleaños de S.M.B. Jorge III, y el comandante quiso festejarlo con todos los honores debido a la persona que más puede venerar un súbdito inglés en el mundo. Primero, de mañanita, sobre el flotante trozo de territorio patrio que era la cubierta del "Endeavour", con su arboladura empavesada, los bronceos relucientes y la dotación en tenida de gala. Y luego en tierra firme, en el bosque de cocoteros que circunda la bahía de Matavai, a donde invitó a la reina con su corte, a los "arii" o jefes y a los "raatira" o señores a un feérico tamaaraa nocturno. Para que nadie se quedara sin brindar por Su Majestad hizo desembarcar barriles de oporto y cajones de vino de Madera. El escenario del festín estaba iluminado a la usanza indígena con humeantes lámparas de aceite de coco, en tanto que desde a bordo salían cohetes disparados contra el prodigioso cielo azul de la isla. Menudeaban los lechones asados, el exquisito pescado crudo con limón y leche de coco y el curanto tahitiano servido en rajas de bambú sobre manteles de hojas de bananero. Un grabado de los Viajes muestra a Cook sentado en su silla plegable observando a las ondulantes bailarinas de tití desnudos, ataviadas con pollerines de fibra y coronas de flores.

Hombre al fin de carne y hueso, tiene que haberse llevado un recuerdo perdurable de la bien llamada Punta Venus y del "lovely people" con que alternó por dos largos meses. Prueba de ello es que volvió a hacer escala en Tahiti en la segunda expedición, y lo haría también en

la tercera, como si ya no pudiese escapar a la atracción de ese edén de los mares.

Para que el viajero se aleje con deseos de volver es que los polinesios le cubren de lei, los floridos collares que se lanzan por la borda en el momento de partir. Por eso la última visión de Matavai, para Cook, fue el reguero de hibiscos y rcsas que flotaban en la estela de su bar-

co, frente a la playa en donde la llorosa Oberea hacía sus señales de despedida. Y la postrera imagen que a los tahitianos quedó del "Endeavour" fue la de sus velas y banderas de código largadas al viento, los estruendosos cañonazos que las montañas contestaban con sus ecos, y entre las nubecillas de humo de la artillería, la alta figura del comandante batiendo su tricornio en el aire en gesto de adiós o hasta pronto.

